

LA UNIVERSIDAD QUE CONOCI : LOS AÑOS FELICES

Gerardo Ramos

1. La postguerra

Fue traumático el año 1945, cuando cursábamos el quinto año de secundaria. A nuestras aulas llegaron las noticias de los genocidios de Hiroshima y Nagasaki, como habían llegado meses antes los rumores de los genocidios de Varsovia, Treblinka y Auschwitz. Todos fueron sufridos por seres humanos que no tuvieron ningún proceso ni derecho a defensa. Ambos bandos en guerra, en nombre de las culturas superiores, rebajaron a cero la dignidad de los hombres.

Diciembre había sido un mes atareado con los exámenes, los premios y las clausuras. Llegamos a Lima el primero de enero de 1946. Los meses de enero y febrero habrían de ser también atareados y preocupantes. Al término de los exámenes de admisión - que en esa época incluían cuatro mañanas de pruebas escritas y dos largos días de espera para dar las pruebas orales - pudimos respirar profundamente aliviados: habíamos ingresado y

comenzaron para nosotros los años felices. La postguerra era un mal menor, a pesar de sus estrecheces, la falta de productos manufacturados importados y la escasez de alimentos. Por lo menos había un relativa democracia con el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, que había vaciado las cárceles de políticos pocos meses antes, aunque con bonos de racionamiento y larguísimas colas que sufría nuestra buena madre para que pudiéramos estudiar en la universidad sin contratiempos.

2. La Escuela Nacional de Ingenieros

En 1946 los "cachimbos" debíamos permanecer en el antiguo local de la Escuela, en la calle del Espíritu Santo. Era un caserón vetusto y semidesértico pues sólo quedábamos allí los aproximadamente 200 alumnos del "primer año", algunos estudiantes de Arquitectura. Los otros 500 o 600 estudiantes instalados en la "Escuela Nueva", es decir en el Camino a Ancón, hoy Avenida Túpac Amaru.

El mundillo de la Escuela había sufrido un terremoto en 1945, cuando fue epicentro de una fase nueva de la Reforma Universitaria hecha posible por el proceso de democratización que vivía el país. Muchos profesores incompetentes fueron "tachados" y se echó mano de quienes habían sido excluidos en otra época, como Mario Samamé Boggio, o que habían estudiado en la Universidad Católica o en el extranjero. Lo cierto es que muchos de los cursos que recibíamos fueron mejorados aún en el curso de 1946. Había una Comisión de Gobierno, de actuación gris pero permisiva, que dejó hacer los cambios. Sin embargo muchos profesores incompetentes quedaron en sus cargos o bien porque no se consiguió un reemplazo para ellos, o porque capearon hábilmente el temporal.

De abril a diciembre soportamos entusiasmados una brutal sobrecarga de trabajo consistente en clases, ejercicios en casa y pasos que nos agobiaron durante no menos de 16 horas al día. Nuestro entusiasmo provenía de una profunda fe en el futuro profesional que nos esperaba y del descubrimiento de nuestras propias potencialidades, que hasta entonces habíamos ignorado a pesar de los premios en el colegio. Había un claro desnivel de preparación entre los provincianos y los limeños, cuya causa más importante era la disminución de los contenidos de los cursos de matemática de la secundaria. Para nosotros el trabajo resultó bastante más duro.

El final de los estudios del primer año era importante porque los estudiantes que no habían desaprobado ningún curso y tenían promedios altos podían ejercer su opción a la especialidad preferida, mientras que los del final de la escala de notas tendrían que contentarse con un sitio donde quedaran vacantes. Las dos especialidades más codiciadas entonces eran la ingeniería mecánica y eléctrica y la ingeniería civil. La tensión generada por esta situación fue muy grande, y cuando terminó la tortura respiramos con alivio. Los estudios restantes serían duros pero sin ese alto nivel de angustia mezclada con entusiasmo y optimismo.

3. La Ingeniería Mecánica y Eléctrica

El Departamento de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, con carreras que databan de comienzos de siglo, no había tenido particular prestigio. Poco tiempo antes de que llegáramos a él, sin embargo, fue elegido como Jefe el Prof. Gerard Unger, distinguido ingeniero polaco que había venido cuando Polonia fue invadida por Alemania nazi. Cuando en 1946 fue oportuno, el nuevo Jefe de Departamento expuso a los "cachimbos" las razones por las cuales la especialidad mencionada era importantísima para el desarrollo industrial del país. Señaló además que su Departamento necesitaba contar con los mejores alumnos que pasaran del primer año, debido a la dificultad de los estudios que ya habían sido modernizados con los nuevos planes y programas. Además del propio atractivo de la carrera, es comprensible que la demanda por ingresar a ella subiera al máximo con la expectativa de participar en ese desarrollo industrial que nuestro país no conocía aún.

La base de un buen curso de cálculo diferencial e integral recibido el año anterior de un profesor distinguido, Biaggio Arbulú, nos hizo apreciar las bondades de un excelente segundo curso de cálculo dictado entonces por quien llamábamos "Ingeniero" José Tola. Subrayamos la palabra ingeniero por dos motivos: primero, porque el Prof. Tola, además de ingeniero, tenía otra profesión que lo calificaba mejor para el curso, y segundo porque siempre me ha llamado la atención el chauvinismo profesional de los ingenieros, para quienes este nombre es una suerte de título nobiliario ante el cual el tratamiento de "señor", y aún "doctor", son asaz plebeyos. En alguna oportunidad, ese año, me enteré de que el Prof. Tola había sido nuestro Jefe de Departamento cuando estuvimos en el primer año.

El segundo año de la especialidad de ingeniería mecánica y eléctrica tenía el atractivo de que los cursos estaban todavía entre los del nivel científico riguroso, y los razonamientos eran claros y precisos. No ocurrió lo mismo cuando en 1948 empezamos el tercer año de estudios: aún los cursos de ciencias tecnológicas como la resistencia de materiales o los circuitos eléctricos eran enseñados haciendo uso de aproximaciones gruesas. A las preguntas sobre la legitimidad de los resultados se nos respondía con la frase mágica de "así es en la práctica", más que con razones claras. Esta situación sirvió para definir a unos por ser verdaderos ingenieros (la mayoría de la clase) y a otros (unos pocos) por buscar algo más satisfactorio. En nuestro recuerdo los dos últimos años de estudios, cursados en 1949 y 1950, fueron intelectualmente opacos. La carrera de ingeniero no nos llevaría a donde hubiéramos querido ir, pero sería un buen medio para conseguir el reconocimiento social y para obtener ingresos económicos razonables.

4. Una crisis de definición vocacional

Desde una ciudad como Piura, en los años cuarenta, el panorama de los estudios universitarios era muy brumoso. Teníamos un gran entusiasmo por la física y la química y uno algo menor por la matemática debido sobre todo a la personalidad de los profesores de esta última materia. Decidir por dónde comenzar no fue difícil: La Escuela Nacional de Ingenieros era el centro universitario académicamente más exigente del país y la ingeniería eléctrica, con el nivel de información de que disponíamos, era difícilmente distinguible de la física. Por otra parte, en el entorno familiar, nuestra madre tomó con entusiasmo que aspiráramos a una carrera en la que se había graduado uno de sus hermanos, fallecido poco después de terminarla.

El tercer año de estudios de ingeniería nos reveló que esta ciencia y la física o la matemática no eran parientes tan próximos. Iniciamos entonces una búsqueda de lo que nos faltaba, visitando diversas aulas universitarias. Hacia noviembre acertamos a entrar a una clase perdida en los laberintos de la casona de San Marcos donde un profesor - oh, sorpresa - describía con lujo de detalles el movimiento de los fluidos utilizando instrumentos muy adecuados (gradientes, divergencias, rotacionales y laplacianos) que habíamos encontrado en nuestras búsquedas al azar en la biblioteca de la Escuela. Es así como conocimos al Prof. Rafael Dávila, al mismo tiempo que descubrimos lo extraordinario de la física estudiada con una matemática precisa y elegante.

Los elementos de juicio estaban a la mano y la decisión fue instantánea: nos matricularíamos en la facultad de Ciencias de San Marcos.

5. La Física y la Matemática en San Marcos

En 1949 la gestión de traslado a San Marcos fue larga y engorrosa, pero los cursos que seguimos desde el primer día de clase fueron sumamente interesantes. Diríamos que por fin estábamos en el lugar debido. La matrícula fue autorizada recién a fines de año, convalidando gran parte de cursos del primer año y autorizándonos a estudiar el segundo año llevando de cargo un curso que no se dictaba en la Escuela. Fuimos dos los estudiantes de la misma clase de ingeniería que nos encontramos en la misma aventura científica.

Mientras los trámites de traslado se realizaban ante el Decano, los cursos se dictaban en el marco de la Escuela Instituto de Ciencias Físicas y Matemáticas. Grande fue nuestra sorpresa al saber que el Director de esta Escuela era nada menos que el matemático Profesor José Tola, nuestro ex profesor de Cálculo Diferencial e Integral II. En alguna oportunidad nos acercamos a saludarlo brevemente en el patio e intercambiamos algunas frases más bien protocolares. Alumno de él había sido quien nos enseñó persistentemente los modelos de rigor matemático, el Prof. José Ampuero, quien además nos familiarizó con las tradiciones intelectuales de San Marcos que nos eran desconocidas, tales como la que dejó en esa escuela y en toda la matemática peruana el paso del Prof. Alfred Rosenblatt, polaco de origen judío, extraordinario matemático casado con Paula Unger, hermana de nuestro profesor Gerard Unger.

No hay, sin embargo, nada perfecto. La matemática Sanmarquina, muy buena entonces, no llevaba paralelo en la física teórica, en que los únicos cursos buenos eran los del Prof. Dávila. El magnetismo que ejerce una matemática abstracta y elegante sobre un estudiante apasionado por la ciencia físico- matemática es tan grande que puede perdurar por el resto de su vida. Es así que nos ganó el estudio de la geometría diferencial, disciplina que nos permitió años después asomarnos al grandioso panorama de la teoría de la gravitación.

Sería en el último año de estudios cuando volveríamos a recibir clases del maestro Tola, esta vez en álgebra moderna y en funciones analíticas. Su influencia en nuestras vidas duraría unas tres décadas más, no porque trabajáramos en el mismo campo de la matemática sino porque concurríamos simultáneamente a no pocos proyectos, seminarios, cuerpos colegiados, institutos y programas.